
LA IDENTIDAD UNIVERSITARIA

Héctor M. CAPPELLO

Universidad Nacional Autónoma de México, México

RESUMEN

En este artículo se plantea que la universidad actual está enfrentando una crisis de identidad institucional, al debatirse ante los evidentes cambios introducidos por la globalización, la reducción de las atribuciones del Estado y las políticas educativas impuestas por organismos internacionales, más orientadas a la empleabilidad, y menos a la formación, imponiendo un currículo constreñido al cumplimiento de unas discutidas y mal definidas competencias.

Sólo en la acción y la reflexión de pequeños nichos de profesores e investigadores se avizoran alternativas de nuevas orientaciones que estructuren la nueva identidad universitaria, por supuesto, no exentas de conflictos intra e interinstitucionales.

Palabras clave: universidad, globalización, currículo, competencias educativas, identidad institucional.

UNIVERSITY IDENTITY

ABSTRACT

This article argues that the current university is facing a crisis of institutional identity, as it debates the evident changes introduced by globalization, the reduction of the State's attributions and the educational policies imposed by international organizations, more oriented to employability and less to training, imposing a curriculum constrained to the fulfillment of some discussed and ill-defined competencies.

Only in the action and reflection of small niches of professors and researchers can we glimpse alternatives of new orientations that structure the new university identity, of course, not exempt from intra and inter-institutional conflicts.

Keywords: university, globalization, curriculum, educational competencies, institutional identity.

La intención en esta ponencia es reflexionar sobre los problemas que la Universidad habrá que enfrentar, o que ya lo está haciendo, con el advenimiento de esta nueva época de la postmodernidad, la modernidad líquida, la modernidad tardía o la era de la incertidumbre, desencadenada por la aparición de lo que conocemos como la Globalización.

Para establecer lo que pudiera significar una matriz identitaria, tal como se planteó en una conferencia anterior (Cappello, 2010), debemos apelar a la idea de que toda universidad es una institución perteneciente al subsistema cultural de un país. Que dentro de la tipificación institucional, sería una institución directiva (Béjar y Cappello, 1988, 1990), es decir, que para pertenecer a ella se requiere cumplir un conjunto "sine qua non" de requisitos. Sin embargo, esta característica de "directividad", también se refiere a que exige realizar méritos, plantearse y lograr metas, desarrollar acciones de excelencia y realizar valores que desarrollen a la institución y se reflejen en el desarrollo del país. Esto es, en resumen, el corpus de un sentido de pertenencia a la institución universitaria. Exigencias todas para los diferentes miembros que componen la institución.

Debemos, por supuesto, decir que el cumplimiento de estos requisitos se da dependiendo de las propias características de los miembros, sean investigadores, catedráticos, alumnos, empleados y trabajadores. En una comunidad de componentes humanos tan variados no podemos esperar la misma forma en que se cumplen los requisitos que la institución indica para pertenecer a ella. Ni que sean los mismos requisitos. Sin embargo, es evidente que éstos se combinan para cumplir con los objetivos más importantes de la institución: investigar, enseñar, formar y hacer extensivos sus productos a la comunidad nacional.

Dada la diversidad de los componentes y sus formas particulares de relación intrínseca y extrínseca, podemos esperar variaciones en el cumplimiento de los requisitos. Comprendamos que los

componentes humanos no sólo tienen características particulares sino que, también, en sus formas de relación con sus pares y con los otros grupos, muestran formas variantes en el cumplimiento de tales requisitos.

Por ello, no podemos pensar en una uniformidad absoluta en la forma como nos identificamos con la institución universitaria. Unos más y otros menos, pero todos sintiéndonos parte importante de la misma, en tanto que desarrollamos una intensa empatía entre los miembros y con los fines universitarios.

Para entender cómo se da este proceso identitario en una institución que constituye un complejo sistema de componentes humanos, materiales, históricos, sociales, políticos y culturales, debemos hacer un análisis de las formas sociales en que es adquirida la identificación en los universitarios, así como de la organización y la distribución social en que se dan los procesos de identificación. Justo es entonces analizar el aparato cognitivo y normativo por el que se legitima una identidad socialmente constituida.

La identidad personal, como un fenómeno de autorreflexión, crea la conciencia del individuo como persona. En la medida en que se asciende en la escala de complejidad social, la identidad se asume como un proceso de mayor nivel de abstracción que permite suponer afinidades, historia común y destino general relativamente compartidos. La identidad es un proceso dinámico en el cual la historia de la vida de las personas se ve influida notablemente por los acontecimientos sociales.

En la Sociología, hasta los años cincuenta del siglo XX, con autores como Talcott Parsons (1970), la identidad se asoció a los procesos psicológicos que el individuo experimenta para lograr su ubicación en la realidad social y su diferenciación con los demás. En los años setenta y ochenta, Tajfel y Turner (1986) hicieron contribuciones teóricas importantes al concepto de identidad social.

La identidad social es un mecanismo mediante el cual la sociedad forma la psicología de sus miembros para alcanzar las metas y personalizar los conflictos. La identidad social es un resultado de

la vida intersubjetiva en diferentes grupos, en especial la familia, y cumple una función muy importante para la coordinación de conductas en pro de lograr objetivos comunes.

Las identidades se originan en significados institucionalizados, construidos socialmente y objetivados. Las identidades operan como compromisos y son negociadas y manifestadas por personas que las experimentan como realidades subjetivas y objetivas. En las sociedades complejas (modernas) las personas buscan controlar su vida organizando el repertorio de identidades que ofrece este medio, cada vez más racional y abstracto. Ante la necesidad cotidiana de asumir identidades múltiples, la continuidad de saber quién es “uno mismo” debe estar asegurada de situación a situación, como una especie de plano transinstitucional que garantice el orden, la responsabilidad y la reproducción de las condiciones de una sociabilidad sana.

En la configuración de las identidades intervienen condiciones objetivas, como el territorio, las variables demográficas, la lengua, las instituciones religiosas, educativas y políticas, además de factores subjetivos, valores, costumbres, historia, orígenes y pertenencia étnica, proyectos de futuro, entre otros, siendo los valores el elemento sobresaliente de la subjetividad. Es decir, son los valores identitarios los que marcan el devenir de la experiencia y de la acción humanas.

El hecho de que las identidades originadas del sistema o matriz identitaria que es la universidad, sean cambiantes por su propia historicidad, nos lleva a cuestionarnos sobre qué sería lo permanente y qué lo cambiante de estas identidades. No sólo eso, debemos reflexionar sobre la manera en cómo estas identidades son influidas por el cambio continuo que ocurre en la sociedad, en la que está incluida la propia universidad.

Seguramente, las identidades universitarias en las diversas etapas anteriores que la universidad ha experimentado dieron lugar a diferentes formas de identidad; es decir, las identidades universitarias, aunque referidas en su plano de sentido a la universidad, fueron o se dieron como formas de representación social muy distintas a las actuales.

Convengamos que la Universidad aparece en la época medioeval con objetivos particularmente teológicos, para elevar la calidad de la formación eclesiástica, y como un buen intento para normar los saberes y orientaciones interpretativas de las claques sacerdotales, al igual que para formar a los altos dignatarios de la realeza, para el mejor logro de la conducción de los asuntos del Reino y de la intervención del Clero en los asuntos del Gobierno (Kimball, 1986).

Es a principios del siglo XII en Europa cuando aparecen nuevas orientaciones y la renovación de los saberes y sensibilidades que propician la transformación intelectual del Occidente Europeo, los que le dan un nuevo sentido a la Universidad y generan una nueva representación social de ésta en la mentalidad de sus miembros, tanto estudiantes como maestros. La identidad de los universitarios sufre un profundo cambio y se inserta plenamente en el movimiento renacentista.

Es con el Renacimiento cuando aparecen las primeras expresiones de lo que posteriormente se denominará como la "Modernidad" (Garín, 1981). Comienza la sociedad a organizarse como Estados-Nación, y los modelos del conocimiento se orientan hacia el formato de la ciencia y al pensamiento racionalista. La fe en el conocimiento científico y el progreso con base en su aplicación modela de manera profunda a los saberes y aplicaciones de la nueva universidad.

La aparición del Estado laico, con la Revolución Francesa y la Revolución de Independencia de los Estados Unidos, impacta asimismo a la universidad, y al humanismo tradicional se le agregan la defensa de los derechos humanos, la democracia y la soberanía popular.

El Estado-Nación es, sin lugar a dudas, una de las consecuencias más importantes de la modernidad (Tivey, 1981), así como la inclinación a considerar a la universidad como una parte muy importante de la razón del Estado.

Esto se debe al pensarse que una tarea primordial del Estado es asegurar una educación para todos con una orientación fundamentalmente laica.

Rotas, al igual que con el Estado, las cadenas con lo divino, la universidad comienza un periplo de inmenso desarrollo y progreso. La libertad como garantía del nuevo Estado, se incorpora en la universidad como libertad de cátedra y de investigación, y adquiere la obligación de orientar los saberes hacia la formación de las profesiones liberales. En ese tránsito, si bien la universidad se vuelve como la institución paradigmática para el cultivo de la ciencia, las artes y la enseñanza, por otra parte, pierde una porción muy importante en la formación ética de sus miembros, características con las que pasa por las distintas épocas de la era de la modernidad (Esteban y Buxarrais, 2004).

En estas distintas etapas, y en razón de los distintos contextos que le toca vivir a la universidad, los universitarios desarrollan distintas formas de identidad universitaria, a la vez que influyen de diferente manera en la conformación de la sociedad misma. Es decir, cambian sus formas de inserción en los procesos sociales, así como se influyen de los mismos.

Nos gustaría no extendernos demasiado sobre las formas identitarias que se asumieron en las épocas ya pasadas y centrarnos en lo que acontece con ellas al presente y lo que se adivina que pudiese ocurrir en el futuro.

La “modernidad” es un período de profundos cambios. El más importante es su componente revolucionario permanente en los modos de vida sociales y en las formas de pensamiento. La racionalidad, como fundamento de los procesos de cambio, lleva consigo la continua negación de la permanencia de las situaciones y verdades consabidas. La propia dinámica de los ingenios producto de la investigación y de la tecnología, propician la necesidad de continuos cambios en todos los órdenes de la sociedad, así como en la vida de los particulares.

Ello significa la aparición de la relatividad de todas las condiciones y criterios de sentido que paradójicamente organizan a las ciudades y a las relaciones sociales. La modernidad, con sus principios radicales de verdades precarias, en su inflexión extrema origina la aparición del radicalismo de la posmodernidad, la sociedad de la

incertidumbre y el relativismo extremo de los valores inicialmente aceptados. Es decir, la aplicación “in extremis” de los principios de la mentalidad moderna conlleva a una crisis de sentido, no sólo cognoscitiva, sino también existencial.

La dislocación espacio-temporal del “sentido de las cosas”, de los saberes cotidianos y el sepultamiento por obsolescencia de las tradiciones, desorganiza hasta el mismo fundamento del grupo originario de la sociedad: “la familia”. Por otra parte, el Estado pierde soberanía y reduce su acción en la mayoría, si no es que en todos sus ámbitos de intervención. Se reducen sus funciones y se busca delegarlas en las formaciones privadas de la sociedad comercial. Personas e instituciones se ubican de manera constante en territorios precarios, donde lo único cierto es la “incertidumbre”.

Como señala Giddens en el prólogo a su libro *Modernidad e Identidad del Yo* (1991):

“La Modernidad se ha de entender en un plano institucional; pero los cambios provocados por las instituciones modernas entretienen directamente la vida institucional con la vida individual y, por tanto, con el yo. Uno de los rasgos distintivos de la modernidad es, de hecho, una creciente interconexión entre los dos extremos de la extensionalidad y la intencionalidad: Las influencias universalizadoras, por un lado, y las disposiciones personales, por el otro”.

El “yo”, de esta manera, se nos muestra como una entidad dinámica y proactiva, forja sus identidades propias haciendo que los individuos intervengan en la conformación de las influencias sociales, cuyo efecto e implicación les proporcionan un carácter universal y las patrocinan de manera directa. Este fenómeno es lo que se denomina “la reflexividad institucional de la modernidad”.

En la reflexividad institucional “la vida social moderna está caracterizada por profundos procesos de reorganización del tiempo y el espacio, ligados a la expansión de mecanismos de desenclave; mecanismos que liberan relaciones sociales recombinaando circunstancias locales específicas a lo largo de grandes distancias espaciotempo-

rales, los cuales radicalizan y universalizan los rasgos institucionales preestablecidos de la modernidad: sirven, además, para transformar el contenido y naturaleza de la vida social cotidiana." (Giddens, *Ibidem*, 1991:11)

En la Modernidad Tardía o el Mundo de Hoy, el "yo", al igual que los ámbitos institucionales más amplios, tiene que hacerse de manera refleja, pero en medio de una compleja diversidad de opciones y posibilidades. Juegan aquí la confianza y el riesgo un papel fundamental en las situaciones de incertidumbre y elección múltiple. La primera previene a la persona de la inseguridad. Protege al "yo" en sus relaciones con la realidad de cada día.

Indica Giddens que "la confianza es un medio de interacción con los sistemas abstractos que vacían la vida cotidiana de su contenido tradicional y ejercen influencias universalizadoras". Es decir, "la pérdida de la fe, exigida por el compromiso práctico".

"La modernidad es una cultura del riesgo" afirma Giddens (*Ibidem*, 1991:12) y estará presente debido a las circunstancias siempre cambiantes, en particular, en la etapa de la modernidad tardía, tal como la define este autor. Es decir, connatural con la percepción del riesgo es el estado de incertidumbre sobre el acontecimiento inminente.

La historia, como recurso para percibir confianza, es la respuesta a esta sensación de incertidumbre y para darle un sentido a nuestro curso cotidiano. No por ello el pasado es fuente de identidad, aunque no por ello menos controvertible que el presente. La historia creada por los grupos proclives a la creación del Estado para establecerse y legitimarse tiene esa función, pero no deja de ser debatida por el desarrollo del conocimiento objetivo de las instituciones del presente. Plantea esto la urgencia en toda clase de instituciones de encontrar criterios –valores– de mayor longevidad para procurar la aparición de procesos de identidad que le permitan desarrollar una cohesión básica de sus miembros con la institución.

El hecho de que la Universidad pertenezca al subsistema cultural nos hace preguntarnos: ¿frente a los cambios inducidos por

esta nueva etapa de la modernidad tardía o posmodernidad, cómo se afectará a las identidades pro hijadas por la universidad mexicana? Siendo esta parte fundamental de las políticas del Estado y dado que éste está cambiando de manera radical su original estructura y funciones, ¿qué cambios se están induciendo en la Universidad y particularmente en el sistema universitario de México?, ¿qué efectos tendrán estos cambios en las distintas identidades que sus miembros han desarrollado y hacia dónde probablemente estén siendo orientadas?

Para Bauman, responder a esta pregunta significa distinguir a la cultura como concepto, como estructura y como praxis (Bauman, 1999). En otras palabras, a la universidad deberemos entenderla de estas tres maneras. Es decir, la universidad es una institución dedicada a la investigación, a la enseñanza y a la extensión de la cultura y el conocimiento para provecho de la sociedad mexicana.

Por otra parte, la universidad está constituida por distintos sectores que desarrollan las diferentes funciones que lleva a cabo la universidad, desde su administración, su mantenimiento, la educación, la investigación y la extensión. Estas acciones son realizadas por grupos de personas especializadas en estas funciones y cuyas actividades se complementan para darle integralidad a los fines, valores y acciones de la universidad.

Por último, la universidad tiene una orientación “praxiológica”, que incluye la conformación de una relación compleja de los sectores y miembros de la universidad con el mundo social, político, económico y cultural, influyendo en él e influyéndose del mismo, y no sólo de su ámbito nacional, sino también del internacional.

Es decir, la universidad –en su praxis– es una entidad en parte productora de nuevos sentidos axiológicos que inducen al cambio de sus entornos inmediato y mediato, así como difunde la relatividad y propicia la substitución constante de los saberes científicos y culturales, con lo cual renueva permanentemente, no sólo la condición relativa de grupos y personas, sino también la interacción cotidiana con la sociedad, con el Estado y el orden o desorden internacional.

¿Cómo podemos plantear las cuestiones relativas a la identidad personal hacia la institución en una sociedad estructurada en clases sociales, en donde la movilidad ascendente se valora como una meta a alcanzar, y la descendente se hace sinónima de fracaso?

Esta pregunta es relevante, ya que la universidad es una institución directiva. Por lo tanto, exigente con sus miembros en el cumplimiento de méritos específicos. El considerarse como parte de la instrumentación educativa para proporcionar a sus miembros una movilidad ascendente, puede dar lugar a que, dados los cambios de la sociedad contemporánea, y por insuficiencia de la misma, no se logre tal movilidad y, con ello, dar lugar a la producción de una crisis de identidad.

En sus inicios, la universidad mexicana fue una institución de élite. Así transita por toda la Colonia y parte del primer siglo independiente. Después, al advenimiento de los gobiernos liberales, es suprimida.

Desde su origen, y como parte de la herencia de la universidad europea, se reconoce como consustancial a la misma la existencia de un “canon universitario”, en el cual de alguna manera se reconocía que su ámbito académico constituía una garantía para la defensa de su libertad académica.

En realidad, dentro de su variada y larga historia, en las universidades se dan el encuentro de diversos cánones (cortesano y monástico; judío, cristiano, griego, musulmán), aunque, estuvieran sometidas durante siglos a un estricto control por la rivalidad violenta entre poderes, dentro y fuera de la institución (Thijssen, 1998). Aunque no pudiera hablarse de autonomía, sin embargo eran un poder constituido, dotado de privilegios y con capacidad para participar en los concilios. Aun así, no todos fueron conciliaristas en el marco de las disputas por controlar a la Iglesia.

La apertura de la cultura universitaria al hilo de las revoluciones políticas; así como su estatus cada vez más autónomo y crítico por los impedimentos a tal autonomía, no impide que la institución sea analizada críticamente como un “campo académico”, donde se

acumula una forma de capital (humano) y se disputan posiciones sociales, de forma razonable –la mayor parte de las veces– y abierta o estratégica y dañina, como en diversos casos que hemos vivido.

Esto es propio de la vida universitaria, pero se ha visto intensificada por su irrupción como universidad de masas. Hoy, con las reformas impuestas de acuerdo con el Plan de Bologna, y su asimilación al “programa de reforma de la educación básica” implementado por la Secretaría de Educación Pública para las universidades estatales, el conflicto entre Autonomía y Mercado de Trabajo constituyen una de las controversias más discutidas en el ámbito universitario por los distintos sectores de esta comunidad.

La adaptación de los títulos y los currícula universitarios a los sistemas económico y político ha desplazado la decisión sobre cánones a una esfera en la que no hay deliberación democrática, ni vinculación racional entre las necesidades y las capacidades que se forman con la educación nacional.

La emergencia de la globalización, con su ideología así llamada “neoliberal”, ha impactado a la concepción moderna de las universidades, comprometiendo gravemente su racionalidad, al considerarlas simplemente como una parte de la ecuación del capital humano como fuente de trabajo especializado y, por otra, como una parte sólo necesaria para cubrir los puestos de la demanda del mercado, no importando las diferencias entre el egreso y la capacidad de empleo de dicho mercado.

Esta idea de cambiar el currículo de una dimensión formativa a una de sólo entrenamiento para el trabajo es, a nuestra manera de ver, uno de los impactos más dañinos en la conformación y diferenciación de las identidades universitarias. Digámoslo así, especialidades necesarias sin demanda por las insuficiencias del mercado que generan crisis identitaria entre las claques de egresados, y sus profesores y autoridades educativas.

Resumiendo, es discutible a estas alturas la existencia de un “canon universitario” que tenga validez como generador de identidades universitarias. Entre la oferta de empleo precario, subempleo

y desempleo, las identidades profesionales de los egresados universitarios comienzan a desdibujarse. Por otra parte, la emergencia de nuevos tipos de universidades ofertadas por el sector privado, de muy discutible valor académico y profesional, han venido a agravar la percepción del valor propio de las identidades de las universidades públicas. La noción de universidades masivas públicas y universidades selectas privadas corre pareja con la adscripción de mayor conveniencia como opciones para la preparación de capital humano a las segundas por su supuesta fácil adaptación a la demanda del mercado.

Un indicador pertinente para observar la pérdida de las identidades entre los miembros universitarios es conocer la preferencia del tipo de universidad a donde mandan a estudiar a sus propios hijos o hijas. Es decir, los cambios inducidos por esta modernidad líquida –tal como la denomina Bauman (La Sociedad Sitiada, 2004)–, deconstruye a las identidades, al dotar de una obsolescencia creciente a las instituciones, muchas de ellas nacidas por la propia modernidad.

Los nuevos estatus institucionales de la función educativa han abandonado, casi del todo, la función formativa por la de meramente instructiva. La idea de un currículo por competencias ha tenido el efecto de compactar los currícula, disminuyendo el número de créditos y, por consiguiente, el número de semestres en que debe cursarse una carrera. En esta reducción se observa cómo las materias que tienen que ver con “formación” han sido disminuidas, no sólo en número, sino en extensión y pertinencia. La identidad de formadores de personas con un alto nivel de autoestima y contribuyentes decisivos del desarrollo nacional se disuelve ante la precariedad de los empleos ofertados a sus egresados y ante la disminución de la idea de sentirse parte de una institución reconocida en lo social y en lo material, como clave para el desarrollo nacional y su tránsito hacia una sociedad justa y equitativa.

La universidad mexicana enfrenta serios retos para continuar originando identidades que cohesionen y den viabilidad a la institución misma. La masividad que repercute, no sólo en el aumento de la matrícula, la calidad real de la enseñanza, o la necesaria formación ética y cívica de sus educandos y mentores, sino también en el creci-

miento de una burocracia que dificulta la idoneidad de sus funciones y el alcance más expedito de sus metas y valores académicos.

La burocratización ha dado un mayor tiempo de atención a los aspectos administrativos y ha descuidado el seguimiento de los planes y programas académicos, los cuales se interrumpen, abandonan o descuidan al tenor del cambio de autoridades. Asimismo, la masividad hace que se vuelva permeable a las disputas políticas de la sociedad, lo que desorganiza el ritmo del funcionamiento académico adecuado.

Mientras la universidad fue la única o principal opción para el acceso a los estudios superiores, la congruencia de fines, metas y funciones como institución nacional, fue generosa en originar las múltiples identidades que le daban viabilidad y estatus como tal. La proliferación de las universidades públicas sin la suficiente capacidad académica en programas y personal especializado y el sistema privado de universidades restringieron en mucho su papel como institución pertinente de excelencia nacional, hasta el punto de ser percibida como una institución de educación superior profesional, orillada necesariamente a ser influida por una óptica y políticas centralistas en sus acciones sustantivas y adjetivas.

La identidad de sus miembros se acotó al área de su influencia más cercana: los centros de poder político metropolitanos.

Procesos ajenos a su propia responsabilidad también han influido en el decaimiento de sus identidades institucionales. La crisis de la educación y la falta de creciente calidad académica de la educación básica, media y media superior hace llegar a la universidad enormes contingentes de alumnos con sensibles fallas en su acervo cognoscitivo y actitudinal, creando subculturas especiales cuya identificación con la universidad muchas veces es precaria y circunstancial.

Este fenómeno no contribuye al desarrollo de identidades maduras que impulsen la cohesión, el intercambio y la colaboración para alcanzar los fines universitarios. Se ingresa a la universidad más con la esperanza de obtener una cierta calificación para el empleo que

para contribuir al desarrollo de la universidad y, con ello, al desarrollo óptimo de una identidad ciudadana.

Curiosamente, ante los problemas arriba descritos que atentan contra la consolidación de una identidad y carácter universitarios, podemos observar “*a contrario sensu*”, la multiplicación de pequeños nichos donde se generan nuevos patrones identitarios de la universidad.

Me refiero a los menos: grupos de investigadores, profesores y artistas que se afanan por optimizar los pocos e insuficientes recursos para generar nuevos conocimientos, nuevas pedagogías y didácticas educativas, y nuevos horizontes para la producción y creación artística. Son un reservorio de nuevas opciones para transformar a la universidad y darle la arquitectura, los fines, los valores y las actitudes que permitan enfrentar los desafíos de las consecuencias de esa modernidad líquida, de la sociedad de la incertidumbre, y del contexto de una Nación que se debate entre la ingobernabilidad, la corrupción, la impunidad y la violencia estructural y consuetudinaria.

No tengo duda de que la universidad mexicana está cambiando, seguirá cambiando y continuará produciendo nuevas identidades, diferentes pero complementarias, particulares pero solidarias, orientadas hacia el descubrimiento, la experimentación, y hacia nuevas normas que rijan la calidad académica y el papel que debe asumirse ante los desafíos de la Nación. Se hace necesaria una nueva arquitectura acorde con los cambios y para el rescate de su papel como una verdadera universidad autónoma.

NOTA

1. Una versión de este artículo fue leída en el “Coloquio sobre la identidad Universitaria”, octubre 23, 2010, Facultad de Estudios Superiores de Acatlán, UNAM.

REFERENCIAS

- BAUMAN, Z. (2002). *La cultura como praxis*, Trad.: *Culture as Praxis* (1999), Sage Publications, Londres, Paidós Ibérica, Barcelona.

- BAUMAN, Z. (2004). *La sociedad sitiada*, Trad.: *Society Under Siege* (2002), FCE, México.
- BÉJAR, R. y CAPPELLO, H.M. (1988). *La conciencia nacional en la frontera norte mexicana*, CRIM-UNAM, Cuernavaca, México.
- BÉJAR, R. y CAPPELLO, H.M. (1990). *Bases teóricas y metodológicas en el estudio de la identidad y el carácter nacional*, CRIM-UNAM, Cuernavaca, México.
- CAPPELLO, H.M. (2010). La identidad universitaria: la construcción del concepto, *Coloquio sobre la Identidad Universitaria*, FES ACATLÁN, UNAM, México.
- DECLARACIÓN DE BOLOGNA (1999). *Declaración conjunta de los Ministros Europeos de Educación*, Bolonia, 19 de junio de 1999.
- ESTEBAN, F. y BUXARRAIS, R. (2004). *El aprendizaje ético y la formación universitaria: más allá de la casualidad*, Ediciones Universidad de Salamanca, España.
- GARÍN, E. (1981). La revolución cultural del Renacimiento, Barcelona, Crítica, en: Paul Oscar Kristeller (1982), *El pensamiento renacentista y sus fuentes*, comp. de Michael Mooney, FCE, México.
- GIDDENS, A. (1991). *Modernity and Self-Identity. Self and Society in the Late Modern Age*, Polity Press asociada con Basil Blackwell, England.
- KIMBALL, B. (1986). *Orators and Philosophers: A History of the Idea of Liberal Education*, N. York, College Entrance Examination Board.
- PARSON, T. (1970). *Social Structure and Personality*, New York Free Press.
- TAJFEL, H. y TURNER, J.C. (1986). The Social Identity Theory of Intergroup Behavior, en S. Worchel y W.G. Austin (eds.), *Psychology of Intergroup Relations*, Chicago, Nelson Hall 2a. ed., 7-24.
- THIJSSSEN, J.M.H. (1998). *Censure and Heresy at the University of Paris, 1200-1400*, University of Pennsylvania, Philadelphia.
- TIVEY, L. (1981). *The Nation-State, the Formation of Modern Politics*, Martin Robertson Oxford/Basil Blackwell Oxford.

Héctor M. CAPPELLO G.

Doctor en Psicología Social. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel 1. Miembro de la Junta de Gobierno de El Colegio de Tamaulipas. Director del Centro Multidisciplinario de Investigaciones Regionales (CeMIR) de la Universidad Autónoma de Tamaulipas. Profesor de posgrado en la Facultad de Derecho y de la Unidad Académica Multidisciplinaria de Ciencias, Educación y Humanidades de la UAT y de El Colegio de Tamaulipas. Coordinador de la investigación sobre plataformas virtuales de la enseñanza de las matemáticas, ciencias, lectura y escritura, y sobre educación en valores para apoyo de la enseñanza básica en Tamaulipas. Otras investigaciones relacionadas con bases sicosociales en la implementación de programas de desarrollo humano. Director de la *Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades SOCIOTAM*. Líneas de investigación: identidad nacional, educación en valores y enseñanza vivencial de las ciencias.

Correo Elec.: hectorm@servidor.unam.mx, cappello@uat.edu.mx, hmcappello@yahoo.com.